

Libertad

Hoy he vuelto a soñar con Ella. A diferencia de otras noches, esta vez se me ha aparecido como una matrona generosa de ubres opulentas y seno caliente, con mirada benigna de res satisfecha. Cuando me precipitaba a su abrazo de carnes blandas, algo me hizo despertar. Las chinches, que quiebran el descanso a los que dormitan para engañar el tiempo de esta larga travesía. Subo a cubierta. Todavía se ven estrellas en el cielo. Achico los ojos para mirar al horizonte. Nos vamos acercando.

Desde que Rory me habló de Ella intuí que bajo su manto podría hallarse mi destino. La describió magnífica, deslumbrante, una diosa descendida a esta tierra de míseros mortales. Le pagué la copa a Rory y volví a la choza con las tripas rugiendo. El crepúsculo la trajo a mí por primera vez. Hembra regia de piel satinada, el pubis abierto dispuesto a entregarme sus favores. Gocé largas horas con ella, chupando, libando, saciándome.

Ansiaba que el sol se pusiera para ir a su encuentro. Pronto se volvió caprichosa y jugueteaba con mi anhelo escondiéndose de mí. Ese atardecer cerré los párpados con la esperanza puesta en su visita, pero en lugar de una hermosa mujer, Ella compareció con el porte de una anciana. Una anciana sabia que me susurró unas palabras al oído: «Ven a mí».

Vendí mi destartalada choza y todo cuando contenía —incluida la cruz—. La cruz de hierro forjado que conservaba el tacto de la angustia de Maggie. Fui al cementerio. Ofrecí mis disculpas a Maggie, me despedí de ella y del pequeño Paddy y compré el pasaje. Embarqué hace mes y medio.

La tripulación intenta desalojarnos con violencia del puente, pero le es imposible contener a la marea humana cargada de promesas. Al fin la tengo ante mí. Ella, tan esperada, tan deseada. Ahora veo lo que Rory quería decir cuando hablaba de su ardiente llamada, el fuego alzado iluminando el camino a las ilusiones de los hombres.

Aunque no entiendo cómo pudo olvidarse de su corona de espinas.

Miro su rostro pétreo, impasible, y un escalofrío ominoso me recorre la espalda. De todas las veces que la recreé en mi mente, nunca imaginé de Ella una bienvenida tan desdeñosa.

Ahora solo siento hambre.